

NOVELA E IDENTIDAD NACIONAL DURANTE LA ÉPOCA FRANQUISTA

David K. HERZBERGER
University of Connecticut

La identidad, sea del individuo o del grupo, generalmente nace de la necesidad humana de filiación. Enlazada frecuentemente con la religión, el lenguaje, la nación o el género, la identidad es un concepto imaginado (en el sentido de Benedict Anderson), el cual implica una relación del "yo" con algo fuera de sí mismo que provee solidez y tranquilidad a los que la buscan. Percibida de esta manera, la identidad se manifiesta más como una condición esencial de la existencia que como un inventario de diferencias dentro de las asimetrías y jerarquías del poder asociadas con familias, comunidades o naciones. Sin embargo, es dentro del contexto del poder donde la identidad se formula y sostiene, de forma que todo lo relacionado con el concepto está sujeto a las tensiones de resistencia y redefinición en la esfera humana de la necesidad y el deseo.

En España durante el período franquista la cuestión de la identidad (tanto para el individuo como para la nación) está constituida por una compleja mezcla de circunstancias históricas, tensiones culturales y autoridad política. Mientras los países democráticos de la Europa occidental se enfrentaban con la diversidad, la pluralidad e incluso la polarización después de la Segunda Guerra Mundial, España intentaba disminuir el conflicto y la diferencia dentro de la comunidad nacional mediante el establecimiento de una línea claramente marcada entre el "yo" y el "no yo", entre la nación auténtica y la "otra" nación no auténtica. Tal intento se fundamentó en el concepto de un centro esencial de valores e ideas presentados como naturales y necesarios, con la eliminación concurrente de todo lo que fuera considerado antagónico a este centro. La creación de una identidad española cómoda y manejable en la que la verdad y el significado formaban un solo concepto, logró confinar la diferencia a los márgenes, con el fin de eliminarla de la conciencia nacional.

Además del poder físico y material del régimen, cuya importancia para el franquismo es innegable, existe otra fuente poderosa de autoridad que se podría llamar "la narrativa del poder". Esta narrativa asume varias formas bajo Franco, de lo pedagógico a lo propagandístico (aunque a menudo es difícil distinguir entre las dos). Se puede afirmar, sin embargo, que la narrativa del poder alcanza su intensidad más tajante dentro del discurso de la historia. La

historiografía le permite al régimen captar la nación por la fuerza, no venciendo la oposición físicamente, sino apropiándose discursivamente lo que Paul Ricoeur ha llamado el máximo referente de la existencia humana-el tiempo.

La representación del tiempo en la España de posguerra tiene un papel fundamental en la formación de la identidad nacional, como también lo tiene en toda Europa después de la segunda guerra mundial. Pero el enfoque temporal es profundamente distinto en los dos casos. Las democracias occidentales procuraban reconstruirse material y espiritualmente de la destrucción de la guerra y pronto se embriagaron con el progreso económico. Las sociedades cerradas de la Europa oriental pretendían realizar las promesas del socialismo e intentaban (por lo menos en teoría) construir un futuro libre de conflictos de clase. En cada instante, a pesar de poderosas tensiones políticas, económicas y militares, la visión temporal compartida por el Este y el Oeste situó el futuro de la comunidad nacional explícitamente en el futuro. En contraste, el régimen franquista definía el futuro de España vinculando la nación a conceptos profundamente arraigados en el pasado. El historiador Vicente Palacio Atard ilustra esta idea en 1949 cuando ofrece un resumen de la postura del régimen ante el tiempo: "Nuestra esperanza, cuando nos disponemos a afrontar los actuales difíciles momentos y los que se aproximan en los tiempos venideros, radica en la solidez de nuestro pasado, en que tenemos un pretérito denso, una larga historia cargada de significación, y en la dosis enorme de ese pasado... de que podremos disponer, sin duda, para actuar sobre el porvenir" (259). Para que el régimen franquista pudiera afirmar su autoridad sobre la nación, fue importante ejercer su autoridad sobre la historia de la nación. En otras palabras, para hacer la historia usable, Franco tenía que asediar el pasado, explotarlo como fuente de poder, y convertirlo en la apoteosis de la nación.

Los historiadores franquistas controlan el pasado a través de un método algo paradójico. Quiero decir, comenzaron por el final (el cual en términos temporales era el presente) y trabajaron al revés hacia el principio (el pasado). Como Alfredo Cabanillas escribe en 1938 en su libro *Hacia la España eterna*, quizás anticipando el uso de la historia propuesto por el franquismo, "¿A dónde va, pues, España? A mirarse en ese diáfano cristal del pasado y arrancarse la máscara de indiferencia y frivolidad [del presente] que la cubría" (297).

Uno podría preguntar, desde luego, qué propósito estratégico tiene estudiar la historia al revés, qué autoridad se adquiere sobre la historia subrayando el presente para apropiarse del pasado. En primer lugar, Franco quiso desvincular el presente de toda inestabilidad. Por consiguiente proclamó para España lo que Francis Fukuyama en otro contexto ha llamado "el fin de la historia". Esto significa que los historiadores franquistas querían crear para la nación española un

estado final de identidad. De este modo el curso entero de la historia para estos historiadores se representa como un movimiento continuo hacia ese estado final. Pero curiosamente, el final no se ve como el desenlace de una progresión *hacia* algo sino como una *vuelta* inevitable a un pasado esencial y auténtico. Mientras los historiadores se mueven del presente al pasado, el significado de cualquier suceso histórico individual adquiere significado en relación con el final claramente definido y aceptado en el presente. Es más, si el final es considerado a la vez inevitable y completo, el régimen puede legitimar su propia existencia como (en las palabras de Franco) "la coronación de un proceso histórico" (20). La historia señala su propio fin porque ha alcanzado un estado de perfección en vez de tener que progresar hacia esa perfección. En otras palabras, la historiografía franquista determina no un final cualquiera para la historia, sino un final feliz —la nación franquista como realización del destino histórico en el que la España esencial del pasado satura permanentemente la identidad nacional.

Para los historiadores franquistas, pues, la ambigüedad o la amorfia en la narración del pasado sólo pudo producir el fraude. Por esta razón, escriben del pasado dentro del marco mimético del realismo, con la fe absoluta en la verdad de sus representaciones. Insisten en que sus historias no son narraciones construidas, sino que son reflejos precisos de las historias ya encontradas naturalmente en los sucesos reales del pasado (de la historia). Esto significa que el relato que los historiadores franquistas cuentan sobre el pasado es el relato que tiene que ser contado, porque ya está formado en su totalidad por los sucesos mismos.

Pero el relato de la historiografía franquista no termina aquí. Ya que los historiadores presentan su relato como si fuera completo, sin la posibilidad de otras versiones, ese relato adquiere cierto significado que determina verdades cruciales sobre la comunidad nacional. Y una vez que la historia alcanza la condición de ser al mismo tiempo completa y verídica, participa en la formación de lo que se podría llamar "el ciudadano modelo". De esta manera, la autoridad oficial sobre la historia ofrece una estabilidad natural a la nación y su pueblo, una estabilidad que —naturalmente— resiste el cambio. Como escribe el historiador Antonio Almagro en 1952 en su libro *El pueblo español y su destino*, "España es eterna porque es inmóvil... La historia de España es la historia de su eternidad" (117).

En la ideología franquista no existe la ambivalencia discursiva, ni el tiempo desvinculado del pasado, ni el espacio fuera del centro donde la identidad puede ser imaginada y definida. Sin embargo, el proyecto franquista de excluir los elementos marginales de la identidad nacional no significa que esos elementos quedaban suprimidos —a menos que, desde luego, todas las narraciones hubieran quedado suprimidas también. El hecho es que sí existen contra-narraciones sobre la nación que derriban las fronteras totalizantes que marcan la

identidad esencialista de la España franquista. En otras palabras, hay narraciones disidentes. En la ficción, la forma narrativa que más me interesa aquí, existen numerosas narraciones cuyo propósito es desafiar el discurso temporal del régimen. La novela de la memoria, por ejemplo, pone de manifiesto la manera en que nuestro conocimiento del pasado está construido por una necesidad tanto psicológica como histórica. (Me refiero aquí a obras como *Recuento* de Luis Goytisolo, *El cuarto de atrás* de Carmen Martín Gaité, *Señas de identidad*, de Juan Goytisolo, y *Una meditación*, de Juan Benet.) Eventualmente ciertas ficciones posmodernas (por ejemplo, *Fragmentos de apocalipsis*, de Gonzalo Torrente Ballester, *San Camilo, 1936*, de Camilo José Cela, *Juan sin tierra*, de Juan Goytisolo), las cuales tienen como preocupación principal la escritura de la historia, subvierten toda certeza narrativa y referencial. Para muchos escritores y voces de oposición, pues, la sustancia misma de la identidad individual o nacional en sus obras era una respuesta al relato histórico franquista. El acto de escribir significaba para estos escritores escribir contra la postura oficial, la cual fue invariablemente construida por el régimen para promulgar su programa de exclusión. Este programa representaba para muchos escritores marginados una forma de esclerosis intelectual, y veían la vitalidad de sus propias obras definida siempre en oposición al estancamiento de la historia oficial.

Por esta razón la historia de la novela de este período no puede ser entendida sin dar cuenta de la producción literaria como una forma de disidencia relacionada con la identidad marginada. Desde luego, la historia literaria en general está vinculada a varias circunstancias externas (de tipo social, estético, político, etc.) y conexiones intertextuales. Lo que estoy proponiendo aquí es que el valor histórico de muchas novelas de la España franquista es discernible si leemos estas obras *contra* la historiografía oficial, en vez de leerlas sólo como parte de un flujo cronológico en relación con otras obras dentro exclusivamente de la historia literaria tradicional. Esta lectura más abierta nos permite plantear un doble paradigma para el entendimiento de la novela del período franquista: primero, la novela se debe leer desde el mismo enfoque narrativo que la historiografía, de modo que el significado de la novela es híbrido y proteico; segundo, la novela está conectada con la vida (y con la historia) no directamente mediante una simple trayectoria de referencialidad (por ejemplo, la novela como un reflejo de la pobreza del campo), sino mediante otros textos historiográficos que ya han reivindicado su derecho de presentar la verdad sobre el pasado y que han adquirido un significado que circula públicamente en el presente. Esta circulación ayuda a configurar la identidad de la nación al mismo tiempo que revela el proceso de fabricar esa identidad. De esta forma el poder histórico de la novela se manifiesta de dos maneras: 1) a través de su resisten-

cia al poder franquista, y 2) a través de su representación alternativa de la identidad española en tanto que ésta quede atada a la historiografía franquista.

Entre las contranarrativas más prominentes de las letras españolas de la posguerra se destaca la novela de realismo social de los años 50 y 60. Mientras el régimen promueve durante este tiempo la estrategia crucial de definir una sola unidad castiza para el país, el realismo social ofrece la contra estrategia de crear y sostener la multiplicidad, de utilizar los fragmentos de los márgenes de la sociedad para contaminar la pureza del centro, y de dar sustancia y diferencia a las voces disonantes.

El discurso del realismo social es importante por varias razones durante este período, pero principalmente por la manera en que se contrapone a la estrategia franquista de hacer del pasado el dominio privado del Estado. Cabe recordar que la novela del realismo social se fundamenta en la observación y representación de las acciones cotidianas del pueblo colectivo. Sitúa los iconos críticos de la identidad nacional no en el pasado sino en el presente, y la identidad que esta novela intenta retratar se encuentra no en el centro de la nación sino en los márgenes. En novelas como *Los bravos*, *La colmena*, *Dos días de setiembre*, *El Jarama* y otras, cada calle, cada casa y cada acción del pueblo representada dentro de la vida diaria de España se convierte en un semáforo de la identidad nacional.

Me gustaría ofrecer un ejemplo de cómo la novela del realismo social funciona de una manera práctica para disentir de la voz dominante del régimen franquista. El ejemplo es la representación de la Iglesia en la sociedad española. En un libro de 1940 sobre la iglesia española titulado *La gran víctima*, Antonio de Castro Albarrán (Magistral de Salamanca) delinea la postura conservadora del régimen sobre la guerra espiritual y física contra la Iglesia llevada a cabo por los comunistas y otros "infieles" durante la Segunda República y la Guerra Civil. El libro tiene muchas fotos de iglesias bombardeadas y quemadas, acompañadas por un comentario extenso sobre las contribuciones heroicas de la Iglesia a lo que se caracteriza en el libro como la auténtica España cristiana. Dentro del contexto de la identidad nacional, el propósito de las fotos es poner de relieve el peligro de permitir que el corazón del país (la Iglesia como símbolo de la España eterna) sea socavado por la disidencia interna instigada por los españoles postizos y diabólicos. La conclusión que debemos sacar del libro no puede ser más clara: que el ruinoso estado físico de las iglesias por toda España, o la falta de curas en los pueblos pequeños del país, se debe al saqueo, a la destrucción, y a la violencia general provocada por los comunistas, anarquistas y otros grupos descreídos, de los cuales Franco ha podido salvar la nación española.

Los novelistas del realismo social también se interesan por la Iglesia en sus obras, y con frecuencia representan la decadencia y ruina de los edificios religiosos —especialmente en los pueblos rurales. Pero la ruina no proviene de las bombas o los fuegos; no es consecuencia tampoco de actos violentos de guerra ni de la subversión llevados a cabo por los paganos izquierdistas, como insiste el régimen. Más bien la decadencia de la Iglesia nace de la indiferencia de los españoles hacia esta institución tradicional —nace del desinterés de las masas. Las iglesias están en ruinas en estas novelas, hay pocos curas en los pueblos y las ceremonias religiosas apenas existen porque la gente de la nación encuentra muy poco en la iglesia capaz de consolarles o de definir sus señas de identidad. De modo que lo que para el régimen es literal y simbólicamente un edificio en el centro de la nación española, un edificio que sostiene la identidad nacional, para los novelistas del realismo social es una estructura vacía que socava la solidez de la nación.

Por ejemplo, en *Los bravos* de Jesús Fernández Santos vemos la desintegración de los mitos históricos en un pequeño pueblo rural mediante la decadencia de la iglesia y su soledad inescapable. Como escribe el narrador al comienzo de la novela, “El vacío se tornaba visible y oloroso en torno a las ruinas ennegrecidas de la iglesia, al margen mismo del pueblo, hueca, al aire sus afiladas ventanas, hundida por el odio y la metralla que la guerra volcó sobre ella, olvidada al fin” (12). En *En la hoguera*, también de Fernández Santos, el repetido sonar de la campana de la iglesia no indica la vitalidad de la religión en el pueblo sino su ruina. Efectivamente, la campana es “el anuncio de que Dios va a morir, de que Dios ha muerto” (147). En éstas y otras novelas del realismo social, las iglesias quedan destruidas y abandonadas, al igual que la identidad nacional edificada alrededor de ellas. En otras palabras, el pueblo ve la iglesia o como un símbolo de la decadencia del pasado o como una amenaza a la vida más abierta y progresiva del futuro.

Los realistas sociales que reconfiguran la identidad nacional en sus obras representan los sucesos pequeños y prosaicos de la vida cotidiana. Estos escritores no proponen un “contra dogma” al del franquismo que proclama para España “Esta es la nación verdadera”. Tampoco sugieren una esencia nacional todavía no descubierta para luego disecarla, con el fin de revelar una semilla oculta de autenticidad o de declarar una epifanía de nacionalismo. Estos novelistas más bien ofrecen estrategias narrativas alternativas a través de las cuales otras voces y otros discursos contribuyen a la creación de la identidad española. Para las voces disidentes de los realistas sociales, el mito de unidad propagado por el franquismo es sustituido por la idea de un tapiz, donde diversos colores y formas pueden ser organizados y percibidos, y donde las diferencias enriquecen el panorama nacional en vez de corromper la estructura cen-

tral. El realismo social asevera una densidad cultural nacida de la disensión, y así propone que todos los elementos de la nación —tanto los del centro como los de los márgenes— deben ser entendidos como parte del eje nacional.

La novela del realismo social es sólo uno de los varios discursos literarios que rechazan la identidad unívoca impuesta por el franquismo. Lo que es importante tener en cuenta es que este discurso resuena en la narrativa oficial de la identidad nacional, corroe el borde de sus mitos y engendra otras narraciones disidentes que revelan la fragilidad de un discurso cuya intención es prohibir la diferencia. Los realistas sociales nunca intentaron reconfigurar el pasado con una historiografía propia, pero sí desafiaron a la historiografía franquista mediante la resignificación de su fundación mítica. Cabe preguntar, desde luego, si los realistas sociales tuvieron éxito en su deseo de subvertir los mitos franquistas, si tuvieron un impacto sobre la manera en que el pasado fue percibido dentro de la narración histórica. La respuesta, en mi opinión, es que sí —pero de forma algo tenue. El realismo social como voz de una disidencia nunca tuvo un público amplio en la posguerra. Efectivamente muy pocos españoles leyeron estas novelas. Pero vistas como un modo disidente de contar historias, estas obras exigían otras formas de pensamiento sobre cómo era entendido el presente de España tanto como su pasado. En su esencia, el realismo social proponía que se concibiera la historia española a contrapelo, lo cual es una manera de disminuir el poder de la historia tradicional. Por esta razón las voces de disidencia de los realistas sociales dieron a España un sentido poderoso y diverso de comunidad e identidad nacional, percibido este sentido no desde el corazón homogéneo de la nación sino desde la perspectiva alternativa de los márgenes.

OBRAS CITADAS

- Almagro, Antonio. *El pueblo español y su destino*. Madrid: Delegación Nacional del Frente de Juventudes, 1952.
- Anderson, Benedict. *Imagined Communities*. London: Verso, 1983.
- Cabanillas, Alfredo. *Hacia la España eterna*. Buenos Aires: Editoriales Reunidas, 1938.
- Castro Albarrán, Antonio de. *La gran víctima*. 4.^a ed. Salamanca, [1940].
- Fernández Santos, Jesús. *Los bravos*. Barcelona: Destino, 1954.
- . *En la hoguera*. Madrid: Editorial Magisterio Español, 1976.
- Fukuyama, Francis. "The End of History". *The National Interest* 16 (1989): 3-18.
- Franco, Francisco. *Franco ha dicho*. Madrid: Ediciones Voz, 1949.

Palacio Atard, Vicente. "Actitud de revancha y actitud de superación en el pensamiento tradicional". *Arbor* 14.47 (1949): 254-59.

Ricoeur, Paul. *Time and Narrative*. Traducción de Kathleen Blamey y David Pellauer. 3 vols. Chicago: University of Chicago Press, 1984-1988.